

VIII

Consecuencias de lo dicho hasta aquí.

A tres pueden reducirse las alabanzas que los Romanos Pontífices han dirigido á la Compañía de Jesús. Los esfuerzos que despliega en la recta educacion de la juventud; su constante celo en procurar el bien de las almas, y la ejemplar vida con que en todo tiempo resplandecieron sus hijos. Ahora bien; es tan claro el esplendor de estas alabanzas, fundadas en el testimonio de la Sede Apostólica, que cualquiera puede convencerse plenamente de su verdad con sólo abrir los ojos. En cuanto á la enseñanza, nada oculto hicieron los Jesuítas; antes bien, desde su principio llenaron de colegios é institutos toda la faz de Europa, y con tal éxito, que el celebre Bacon de Verulamio, viendo la excelencia, orden y disciplina de sus estudios, llegó á exclamar, aunque protestante: *Cum tales sint,*

utinam nostri essent, es decir: « Ojalá fuesen nuestros, siendo como son. » Tuvieron los Jesuítas el doble mérito de ser los primeros en llevar á muchas ciudades la enseñanza, extendiéndola, por ser gratuita, á gran número de personas, para quienes hasta entonces había sido inaccesible; y además el de formar muchas generaciones de muy escogida juventud, sinceramente cristiana por unir al estudio de las letras y ciencias el de la religion y los ejercicios de piedad.

La reputacion de los Jesuítas en esta parte estaba tan sólidamente constituida, que los Monarcas no creían defender mejor las ciudades asediadas por la herejía, que erigiendo en ellas colegios de la Compañía, como se ve en Alemania contra los luteranos, en Francia contra los hugonotes, en Suiza contra los zuinglianos y otras sectas que se habían introducido allí. En París los colegios se multiplicaron de tal modo, que á ellos debió su educacion toda la juventud que formó despues el siglo de Luis el Grande. Más numerosos eran en Italia todavía, puesto que empezando por los Esta-

dos de la Santa Iglesia, donde en cada ciudad se hallaban establecidos, sólo en la de Roma se enseñaba á numerosísima juventud las humanas letras, y despues se explicaba en la Universidad gregoriana, en los colegios germánico, inglés, escocés, irlandés, griego, bajo la inspeccion de los Romanos Pontífices, la Filosofía y todas las ciencias sagradas. Ni se hacía menos en los demás Estados de Italia, donde los colegios eran casi tan numerosos, y tanto el fruto, que la juventud, si no deponía por esto la debilidad propia de la humana naturaleza, en cambio no conocía ni aun de nombre la feroz conjuracion, la descarada impiedad, el desprecio á los hombres y á Dios, que ahora contristan á toda Europa. Luminosa prueba de esto es el caso de Voltaire, cuando quiso propagar y arraigar en Francia la doctrina de los socinianos y unitarios que había traído de Inglaterra. Ni él ni sus secuaces esperaron conseguirlo mientras estuviesen en pié los colegios de los Jesuítas; y por esto fué movida aquella conjuracion que después estalló en todo el mundo. No osaron entonces dar

publicidad á este plan; pero más tarde se hizo manifiesto en su correspondencia, que no es hoy un secreto.

¿Y por qué han sido en nuestros días nuevamente expulsados de sus colegios en Francia é Italia? La masonería, dueña del Gobierno en estas dos infelices naciones, quiso justificar sus planes de destruir la Religion católica, que es lo que tímidamente primero, y ahora con el mayor cinismo proclama, y á la vez establecer sobre los tronos derrocados la República, y despues el socialismo, ruina de los pueblos. Necesitó, pues, que desapareciesen las escuelas de Jesuítas informadas por muy diversos principios. Nadie ignora, porque así se dice públicamente, que éste y no otro es el motivo de tantos sacudimientos y persecuciones. Por el contrario, donde quiera que prevalecen los principios de orden y religion, Príncipes, Municipios, Obispos rivalizan en levantar colegios y casas de la Compañía, siendo tal el número de alumnos que corren á estas casas que jamás se vió cosa semejante. Los colegios de Friburgo en Suiza, de Brugelette en Bél.

gica contaban cerca de un millar de jóvenes procedentes de las más ilustres familias de Europa, y tantos acudían á los otros establecidos en Alemania, en la misma Francia, en Bélgica y los Estados-Unidos de América, que era preciso excluir gran número todos los años por falta de local. En Calcuta católicos y protestantes rivalizaban en concurrir al colegio de los Jesuítas con tal ardor, que el Arzobispo Mons. Stein dispuso no se concediese á los segundos más de una mitad de las 500 plazas que contenía. ¿Qué más? Aquellos mismos que odian á los Jesuítas, reniegan muchas veces de sus mismos principios, y se fían de ellos, encomendándoles á sus propios hijos.

En los días más prósperos de su imperio, Napoleon III mostró algun recelo á un cortesano de su confianza por el gran número de jóvenes que acudía á los colegios de Jesuítas. Nada temais, señor, le contestó aquel; los discípulos de los Jesuítas no formarán barricadas contra vuestro trono. ¡Oh! lo creo sin vacilar, replicó el receloso monarca, y esto me basta.

Lo mismo que en Francia se ve en todas partes; y hemos leído de uno de los primeros revolucionarios de Italia, que solicitando la admision de un hijo suyo en un colegio de Jesuítas, y notando cierta admiracion en el semblante del Padre á quien lo presentaba, le dijo: no os maravilleis de que os confie lo que tengo de más precioso en el mundo; sé lo que sois, y cabalmente porque amo á mi hijo, os lo entrego, seguro de que en vuestras manos crecerá, por fortuna suya, no siendo ¡ay! como yo. ¡De cuántos otros semejantes á éste se podrían citar nombres y apellidos si la discrecion lo consintiese! Si pues la opinion de las familias más prudentes, de los príncipes más amantes de su pueblo, de los Obispos y Pastores de la Santa Iglesia, y en fin, de los revolucionarios que no han perdido del todo los sentimientos naturales, significa algo y merece algun crédito, como ciertamente deben admitirlo las personas sensatas, podemos concluir que los Jesuítas son dignos de todo elogio por sus esfuerzos en la enseñanza, digan lo que quieran en contrario las logias masónicas.

Y no han hecho menos en cuanto á promover universalmente el bien de las almas. Ni puedo, ni quiero reducir á pocas páginas los méritos de un Instituto que se ha extendido y trabajado en toda la superficie de la tierra, pero no puedo callar algunos datos que valdrán por muchos. En la enseñanza del catecismo, obra tan vasta y provechosa al pueblo, trabajaron grandemente; y sin contar las naciones convertidas, Alemania se valía del catecismo del B. Canisio, España del de Nieremberg, Italia del de Belarmino. Las congregaciones espirituales, que tanto han alimentado la piedad entre los jóvenes y adultos salidos del colegio romano, se introdujeron en casi todas las principales ciudades de Europa y América. En ellas, con especial cultivo de la piedad, se introdujo y promovió la religion entre caballeros, comerciantes, abogados, artesanos y campesinos. De la misma manera se erigieron congregaciones de mujeres, donde se acrecentó la piedad de señoras, operarias y criadas de servicio. Si fueron ó no abundantes los frutos que á las buenas costumbres

y virtudes domésticas, á la paz y concordia en las familias dieron aquellas asociaciones, bien lo demostraron los pueblos, y muchas veces lo atestiguó la Silla Apostólica, recomendándolas y enriqueciéndolas con los favores espirituales de las Santas Indulgencias.

Otro medio poderosísimo que emplearon los Jesuítas en bien de las almas y con éxito maravilloso, fueron los ejercicios espirituales. En las principales provincias del cristianismo tenían casas donde los sacerdotes y seculares podían retirarse, si querían, ya para ordenar su propia conciencia, ya para enfervorizarse en el amor divino. Hubo casa en Francia, que contaba cada año hasta 800 sacerdotes que se retiraban á ella para penetrar el espíritu de su vocacion. Pero no bastando esto, daban todos los años ejercicios al clero, á la juventud, á las niñas, á las religiosas, con tan notorio aumento de piedad, que no era preciso imaginarlo siquiera, porque se veía con los ojos. Unfáanse á los ejercicios espirituales las misiones que los Jesuítas dieron con nunca interrumpida constancia en todas las partes de

la cristiandad. Recorrían ciudades, provincias, reinos enteros, y abarcaban, desde las aldeas más miserables, hasta las ciudades más cultas y populosas, produciendo gran renovacion de la fe y mudanza en las costumbres, segun vemos en la historia de aquellos hombres apostólicos que emplearon su vida en tan santas tareas. Ni fueron menores sus esfuerzos respecto de los herejes é infieles. En Alemania empezó la lucha con el B. Canisio, enviado por San Ignacio; en Francia con Edmundo Auger y Posevino; en Inglaterra con Person y Campiano, detrás de los cuales vinieron otros y otros campeones, por cuyos esfuerzos se mantuvieron firmes en la fe ciudades y provincias enteras, asediadas por la herejía, y los protestantes fueron reprimidos, refutados y conquistados para la verdad, con las armas de la predicación y de libros innumerables. En Alemania se sirvieron de los colegios y de las Universidades donde podían hacerse oír. En beneficio de Inglaterra y de la juventud inglesa erigieron, ya que no podían en el mismo país, colegios en España, Bélgica y Ro-

ma, y mantuvieron, durante el largo tiempo de aquella feroz persecucion, el fuego de la fe, que ahora se va dilatando con tanto júbilo de la Iglesia y tan gran provecho de aquella nacion. En Francia trabajaron con los hugonotes de tal modo, que aún antes del famoso edicto de Nantes, quedaron estos reducidos solamente á algunos millares, gracias á las conversiones que se verificaban cada día. Se dirá que los Jesuitas no estaban solos en esta obra; cierto, pero sus esfuerzos fueron tan grandes, que hasta nuestros días el espanto mayor de los protestantes es siempre el Jesuíta. ¿Y por ventura permanecieron inactivos en los países extranjeros? Despues de San Francisco Javier, que inauguró las fatigas de la Compañía en la India, el Japon y la China con más de un millon y doscientos mil idólatras que bautizó por su propia mano, sus compañeros plantaron vastísimas cristiandades en la India, en los vastos imperios de América y del Brasil, Méjico y Perú; y todas las repúblicas de la América meridional fueron en gran parte cristianizadas por ellos como lo exponen amplia-

mente las historias eclesiásticas. Estos hechos podrán ser atribuidos por la humana malicia á los fines más perversos que se quiera; pero son tan conocidos y tan claros, que mientras la historia sea historia, no se podrán negar.

Resta decir algo de su vida, pero bastarán también aquí pocas observaciones. Ciertamente no son impecables los Jesuítas, ni es imposible en corporacion tan vasta, hallar algunos menos dignos de su alta vocacion; mas es cosa indudable, que la mayor parte, y debería añadirse la casi totalidad, no podría durar en la Compañía sin poseer una virtud más que mediana. Por de pronto ellos comienzan por renunciar á toda dignidad eclesiástica, sin poder admitir canongías, Prelaturas, Obispos, ni la púrpura cardenalicia, si no interviene, lo cual es rarísimo, orden expresa del Vicario de Jesucristo. Sus ministerios son laboriosísimos. La enseñanza es de por sí cosa pesada, mas cuando va unida con todos los ejercicios de la vida religiosa, exige ciertamente mucha abnegacion de espíritu; y sin embargo, á esto se dedican en gran número.

Las misiones mismas, que es un campo donde muchísimos de ellos trabajan, imponen sacrificios de tal importancia, que las personas del mundo ni aun siquiera los pueden comprender. Solamente en los viajes largos y penosos que se hacían en el siglo pasado, de tres jesuítas que salían (este era el cálculo), uno quedaba en el camino, ó ahogado en los mares ó consumido por las fatigas. Los que llegaban, consumían su vida en tales trabajos, privaciones, peligros y persecuciones, que aquella era poco menos que una muerte continuada. Y esto por no decir que muchísimos perecían degollados, ahorcados, crucificados ó sirviendo de blanco á las envenenadas flechas de los salvajes, de tal suerte, que quien se pusiera á recorrer la India y todo el extremo Oriente, no hallaría quizás tierra de alguna importancia que no haya recibido los huesos de algun Jesuíta, muerto por la fe que predicaba. Sin embargo, estas misiones eran objeto de los deseos y suspiros de todos los religiosos de la Compañía. Sucedió no hace muchos años, que en la vasta mision del Maduré encontraron la muerte casi

todos los que trabajaban en ella; hombres en la flor de su edad, pero extenuados por el exceso de la fatiga, del clima y acaso tambien por el ningun cuidado que de sí tenían. Los superiores, por no dejar perecer aquella mision, que todos los años contaba millares de convertidos, hicieron un llamamiento á las varias provincias de la Compañía en Europa, invitando á presentarse á los que quisieran relevar á los caídos en el campo. Fueron tantas las solicitudes, que si se hubieran aceptado todas, habrían quedado desiertas las casas de Europa, y tan sinceras, que muchos atribuían, derramando acerbo llanto, á su falta de méritos ante Dios, el no haber obtenido la suspirada gracia.

En las casas de Europa su vida era conocida por todos; y amigos y enemigos constantemente estuvieron acordes en celebrar su piedad y buenas costumbres. Ya hemos visto á los Sumos Pontífices llamarles el aroma de Cristo, que ellos difundían al exterior. Los Obispos más ilustres de la Cristiandad hicieron siempre otro tanto. El mismo Voltaire, tan grande enemigo suyo, atestiguó no haber

visto entre ellos, habiéndolos tratado muy de cerca durante muchos años, otra cosa que ejemplos de virtud, vida frugal, constantemente dividida entre el trabajo y la oracion, y conversacion en sumo grado honesta. ¿Qué más? Los mismos que en el reinado de Luis XV los arrojaron de toda Francia, confesaron no tener cosa alguna que decir de sus costumbres, y ser toda la culpa de su Instituto, que era pésimo hasta el punto de no deber tolerarse. En lo cual no vieron la necedad que decían, pues que es imposible ser nadie bueno observando una ley perversa. En cuanto al Instituto, ignoraban que éste, despues de sutil exámen, había sido, no sólo aprobado, sino alabado, encomiado por muchos Sumos Pontífices y hasta por el Concilio de Trento, jueces todos en punto á bondad moral algo más competentes que ellos.

Ni ha sucedido de otra manera en las persecuciones movidas contra los Jesuitas en estos últimos años. En Alemania fueron arrojados por Bismarck, el cual envolvió en la sentencia á más de ochenta á quienes poco antes había

tenido que premiar por servicios prestados en los campos de batalla como Capellanes militares, y á ninguno de los otros se pudo jamás imputar ni aun la sombra sola de un delito ó transgresion de la ley. En Francia, con motivo de la expulsion decretada por el Gobierno, se formó en el Parlamento y en los periódicos un verdadero proceso á los Jesuítas. ¿Qué resultó? Que los Jesuítas enseñaban mejor que los profesores oficiales; que educaban á los jóvenes en la piedad, así como en la Religion, mientras que en las escuelas del Gobierno se hacía todo lo contrario; que en sus iglesias se promovía con todo ardor la religion cristiana, ya por medio de la predicacion, ya con las Congregaciones espirituales, ya con las asociaciones de obreros, y con los Sacramentos y con todas las prácticas de la Iglesia. De esto se sacó en conclusion, que sus escuelas debían ser exterminadas, y cerradas sus iglesias, para honor y gloria de la Revolucion, consuelo y aumento de la impiedad y el racionalismo. Desafío á cuantos haya leído lo que se dijo en aquellos debates y tengan

talento para comprender lo que leen, á que demuestren lo contrario. Por último, en Italia, Cavour y sus cómplices, ¿qué culpa pudieron jamás atribuir á los Jesuítas para destruirlos y suprimirlos como lo han hecho? ¿Formularon alguna acusacion? ¿Intentaron algun proceso? Se han guardado muy bien de ello. Tenían necesidad de propagar universalmente la revolucion en Italia, y para esto era menester preparar ampliamente los ánimos con los oportunos principios, desterrar de la mente los escrúpulos de la Religion que ordena la fidelidad hacia los príncipes, y condena la rebelion; insinuar, por último, á la vez, que todo delito se convierte en virtud con tal de que se cometa en favor de la patria, y que no se ha de atender á la Religion cuando prescribe lo contrario.

Ahora bien; para hacer todo esto se necesitaba arrojar pronto á los Jesuítas, que no se habían de someter á estas doctrinas, y reemplazar á aquellos santos y sabios profesores que en tantos colegios y ciudades son admirados y bendecidos por las familias cristianas.

¡Ah! Si no hubiese en el mundo tantos que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, manos y no palpan, como se dice en los salmos hablando de algunos, no serían en verdad necesarias las apologías de los Jesuítas, porque los Gobiernos actuales la están haciendo tan completa y brillante, tan manifiesta y convincente, que jamás se hará otra igual.

Y sacando ahora de todo esto la conclusion, pregunto: ¿No se trataba por ventura en estos reinos de millares de Jesuítas? Cierto que sí. ¿Es verdad que nunca se pudo formar contra ellos un proceso? No hay duda. Luego no deben estar tan mal avenidos con una vida honesta y religiosa. Pongamos, por ejemplo, que la discusion que se ha sostenido acerca de los Jesuítas, se hubiese referido á un Congreso, á un Senado, que son la flor y nata de toda nacion. ¿Habría sido el éxito igual? No se ría el lector; mas repase en su mente los nombres, tan sólo los nombres de los personajes más autorizados que han gobernado ó están gobernando á Francia é Italia en estos últimos años; dése cuenta, no de su fe y

piedad, que en tales regiones sería artículo de contrabando, sino de su moralidad, justicia y desinterés; y despues respóndase á sí mismo, y en su interior pronuncie la sentencia. ¿Cuál será ésta?... Y sin embargo, ellos son los inocentes, los bienhechores de la humanidad, y los Jesuítas son la peste y la infamia de ello.

IX

*Terrible excepcion:**la supresion decretada por Clemente XIV.*

Sea en buen hora, dicen algunos, que tantos Pontífices hayan encomiado altamente la Compañía; pero tambien es verdad, que un Pontífice la suprimió, luego debe haberla encontrado culpable.

Lector, este es el argumento principal de todos los enemigos de la Compañía. Veamos, pues, cuál sea su valor. Mas en primer lugar supongamos que no hubiese respuesta alguna que dar á este argumento, y que fuera preciso